TEMA II

METODO PALEOGRAFICO. RELACION DE LA PALEOGRAFIA CON OTRAS DISCIPLINAS

ESQUEMA/RESUMEN

Método	1. De la Paleografía como instrumento de lectura. 2. De la Paleografía como ciencia auxiliar de la Historia. 3. De la Paleografía como ciencia propia e independiente.
Relación con otras disciplinas	1. Con todas las ciencias en general. 2. Con la historia, la filología y la crítica textual especialmente. 3. Con aquellas ciencias cuyo objeto material lo constituyen también determinados grupos de monumentos escritos (Epigrafía, Numismática, Diplomática, Segilografía). 4. Con otras disciplinas que, más que ciencias aparte, pueden considerarse como capítulos de la propia Paleografía (Papirología, Codicología, etc.).

INSTRUCCIONES PARA EL ESTUDIO DEL TEMA

Este segundo tema puede considerarse continuación del anterior y, teóricamente, podrían haberse juntado los dos en uno. Pero, sin duda, hubiera resultado demasiado largo y, quizá, un poco pesado para los alumnos, así por el exceso de doctrina, como por ir montada ésta sobre ideas, en general, poco conocidas y con una terminología nueva para ellos.

Tampoco es fácil encontrarlo expuesto de forma breve y sistemática en tratados y manuales de la asignatura. En consecuencia, y en vez de unas Explicaciones complementarias propiamente dichas, el espacio destinado a éstas lo dedicaremos a una exposición breve pero completa del tema. Su contenido es también, como el anterior, eminentemente doctrinal y teórico; bien que sin faltar, en la parte del Método, planteamientos y soluciones que habrán de influir en las realizaciones de orden práctico, anejas a los temas de las siguientes unidades didácticas.

Sobre la oportunidad del tema y lo no superfluo de su inclusión en el presente programa, hay suficientes razones que lo aconsejan, derivadas unas —expuestas ya en la introducción de esta unidad primera— de la naturaleza de la asignatura, y relacionadas otras con la formación de la personalidad científica del alumno. No se olvide que si algo hay importante en orden al conocimiento de cualquier disciplina científica, es el método, cuya significación etimológica es, precisamente, la de vía o camino que conduce al encuentro de la verdad en una determinada ciencia. Por otro lado, al tratar de las relaciones con otras disciplinas, se ofrece a los alumnos ocasión de ponerse por primera vez en contacto, siquiera sea somero, con aquéllas; algunas de las cuales, hasta por el nombre, les pueden resultar absolutamente nuevas.

ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS

Cabe repetir lo dicho en el apartado correspondiente del tema primero, así sobre obras tradicionales, donde los puntos principales de la presente lección no pueden dejar de estar tocados (García Villada, Millares Carlo, Battelli, Floriano Cumbreño), como sobre el particular interés que con relación al asunto del método y al parentesco con otras disciplinas tienen los trabajos de Mallon y Navascués citados allí mismo. Sin embargo, no resultan estos últimos los más adecuados al caso de ahora; pues, de los varios métodos aplicables a nuestra disciplina, según el objeto y los fines que le hemos asignado, a dichos dos autores les preocupa más y casi exclusivamente el método que ha de aplicarse a la Paleografía como ciencia de la escritura en sí misma, mientras que a nosotros, por el momento, dicho aspecto paleográfico nos interesa menos.

EXPLICACIONES COMPLEMENTARIAS

EL METODO

Entendemos aquí por método la serie de principios que la Paleografía ha de fijarse y de procedimientos que ha de seguir para llenar el triple objeto y la triple finalidad que le asignamos en el tema primero, de ser: 1) instrumento de lectura; 2) ciencia auxiliar de la Historia; 3) ciencia propia de la escritura en sí misma.

1. Como instrumento o arte de lectura aplicado a determinados monumentos escritos, la Paleografía —y, por consiguiente, el paleógrafo— debe tener presentes las siguientes reglas o principios:

a) Leer sin prisa y sin angustia, con espíritu sosegado y con suficiente atención, pero no excesiva ni, mucho menos, tensa. Mal enemigo de la buena lectura será, pues, cualquier clase de nerviosismo, así el temperamental y permanente, como el esporádico, por la razón que sea. Ejemplo elocuente de lo que decimos son las inexplicables faltas de lectura cometidas a veces por los opositores a plazas de profesores, investigadores, archiveros, etc., en cuyos ejercicios entra el de leer y transcribir determinadas piezas escritas.

b) No leer jamás de memoria ni distraídamente, fiado el lector en su conocimiento de textos iguales o parecidos. Es norma que ha de tenerse especialmente en cuenta para la lectura habitual de series documentales, donde la fraseología del texto varía poco de unos documentos a otros. Importante es, por ejemplo, controlar las posibles erratas del texto que se lee y transcribe; pero si la operación de leer se lleva a cabo rutinaria y memorísticamente, el fallo es seguro en cuanto a tales erratas se refiere.

c) No prescindir de ningún elemento gráfico, por insignificante que parezca. El lector paleógrafo no puede contentarse con leer el texto principal de un conjunto escrito y despreciar el resto; hasta el signo más exiguo debe ser objeto de su actividad lectora y, en consecuencia, hacer todo lo posible para saber qué significa y, si no significa nada, por qué fue trazado o por que está allí.

d) No tener la pretensión de querer leer el texto escrito de un tirón, sobre todo, si se trata de textos largos y escrituras difíciles o más desconocidas. En principio, poco importa que al primer intento y a la primera pasada queden palabras o frases sin leer satisfactoriamente; saldrán a la segunda o a la tercera, o a las pasadas siguientes.

e) Poseer conocimiento suficiente de la lengua en que el texto escrito está redactado y tener idea, siquiera mínima, del asunto a que se refiere. Cuando se trate de textos largos sobre materias muy específicas, como medicina, matemáticas, derecho, en la mayoría de los

casos será inútil que un profano en tales materias intente leerlos. Recuérdese el caso de los manuscritos de Leonardo de Vinci, de la Biblioteca Nacional madrileña, que tanto dieron que hablar hace unos años, para transcribir los cuales hubo que acudir a un buen conocedor de la obra literaria y científica del gran artista. Si a lo específico del texto se une un grado extraordinario de escritura ilegible o dificultosa, como ocurre con los autógrafos de Santo Tomás, a muy pocos, casi a nadie, les será dado leerlos directamente.

f) Particular cuidado ha de tenerse con los nombres propios de personas, de pueblos, de términos geográficos, etc., o de palabras típicas y menos corrientes que se repitan en el texto leído. Precisamente en esa reptición y en la mutua comparación de los pasajes donde la palabra se repite, encontrará el lector apoyo no despreciable para dar con la lectura verdadera.

g) Especial preparación y especiales medios serán necesarios para abordar la lectura e interpretación de las llamadas escrituras cifradas o criptográficas, es decir, aquellas que, prescindiendo de las figuras propias y normales de cada letra, reducen las sílabas, las palabras y aun las frases enteras a signos extraños y convencionales. Cualquier intento espontáneo de leerlas será inútil si previamente no se dispone de alguna clave explicatoria de tales signos.

h) No dar sistemáticamente por buenas posibles lecturas anteriores. El lector que se precie de paleógrafo, debe, al menos, comprobar directamente y por propia cuenta que el correspondiente texto ha sido bien leído anteriormente. En la colección de inscripciones del marqués de Monsalud, publicada por el Instituto Antonio de Nebrija del C.S.I.C. (Madrid, 1951), son relativamente frecuentes —algunos muy curiosos como el célebre ladrillo de Aceuchal— los casos de piezas cuyo texto, mal leído en un principio por el marqués, ha seguido leyéndose mal o, mejor, repitiéndose hasta nuestros días por otros lectores confiados y perezosos.

i) La operación de leer cualquier texto un poco largo debe realizarse por escrito, es decir, que la lectura se convierta de algún modo en transcripción y copia de lo que se lee.

Supuestos estos principios teóricos como norma para una lectura verdaderamente paleográfica, interesa exponer el procedimiento práctico que debe seguirse para conocer bien una determinada clase de escritura y llegar a leerla con soltura y seguridad suficientes. Dicho procedimiento comprende las siguientes fases:

a) El novel lector deberá primero observar y tratar de fijar en su memoria las formas típicas de cada letra, es decir, su figura o dibujo, consideradas aisladamente, o sea, con independencia una de otra. Para aprenderlas, echará mano de aquellos libros (manuales, cartillas, abecedarios, reglas, etc.) donde vengan bien y fielmente reproducidas tales letras. Para fijarlas en su memoria, será medio muy eficaz ir buscando, una por una, dichas figuras dentro del texto que se trata de leer e identificándolas como tales letras, al margen del sentido que puedan tener con relación a la palabra o sílaba respectivas.

b) Una vez aprendidas teórica y prácticamente las formas de cada letra sola y aislada, debe pasarse en seguida a hacer lo mismo con las figuras o dibujos correspondientes a los nexos o uniones de dos, tres y más letras que, normalmente, se dan en cualquier conjunto escrito y que contribuyen a deformar las formas primitivas y auténticas de aquéllas.

c) Pasar luego, por procedimiento análogo, al aprendizaje de todos los demás signos gráficos que no sean letras ni nexos, pero qûe sirven para completar el sentido de aquéllos (signos numerales, de puntuación, de interrogación, etc.). Entre esos signos serán objeto de especial atención los llamados signos abreviativos, de los que nos ocuparemos ampliamente en varios de los siguientes temas.

d) Supuesta ya la asimilación de todos esos elementos que integran el fenómeno de la escritura, no queda para el aprendiz de lector sino aplicarse a una práctica constante y ordenada de lectura, empezando por los conjuntos escritos más fáciles y pasando gradualmente a los más difíciles.

No hace falta subrayar la simplicidad del método expuesto, que se hermana con el sistema empleado para enseñar a leer a los párvulos la escritura corriente. La diferencia entre el aprendizaje de un niño y el de un novel paleógrafo ha de establecerse en función de la mayor reflexión con que deberá proceder este segundo. Reflexión que —insistimos— habrá de hacerle huir de cualquier asomo de automatismo y rutina en su actividad lectora. Para evitarlos puede ser interesante el consejo de no dar nunca por leída una palabra aunque se adivinen sus letras y se le saque el correspondiente sentido, sin haber identificado todos y cada uno de los elementos gráficos que la integran, por más escondidos o disimulados que parezcan. En las clases prácticas de las cátedras de Paleografía da excelentes resultados este método, a base de que el alumno sea interrumpido por el profesor a lo largo de la lectura, exigiéndole que explique —incluso sobre la pizarra— dónde están, en el conjunto de cada palabra, cada una de las letras y signos leídos.

2. Como ciencia auxiliar de la Historia, a cuya elaboración debe aportar los elementos críticos que le suministre el examen externo de las fuentes escritas, ha de partir la Paleografía de los siguientes supuestos:

a) Que cualquier escritura responde a unos límites geográficos y cronológicos, dentro de los cuales ha sido trazada; y que el experto en Paleografía tendrá puesta su mira en establecer una sincronización lo más exacta posible entre esos tres elementos: escritura, lugar y tiempo. Así, ante cualquier texto escrito no podrá el paleógrafo limitarse a concluir que, por ejemplo, su escritura ha sido trazada en la Península Ibérica durante la Baja Edad Media; debe aspirar, por lo menos, a decir y mostrar, en cuanto al tiempo, que dicha escritura ha sido ejecutada en tal siglo, y en tal año o tales años de dicho siglo; y en cuanto al espacio, deberá razonar, al menos, que fue llevada a efecto, pongo por caso, en el Norte de España y, mejor aún, en Castilla o Aragón y, dentro de esos reinos, en esta comarca o en aquélla y —más ideal todavía— en tal centro escriptorio y por tal grupo de personas o por tal persona concreta.

b) Que la escritura de todo texto escrito o es la original y primitiva en que dicho texto fue plasmado o es una reproducción posterior de aquélla, y que es importante, dentro del papel asignado a la Paleografía, de auxiliar científicamente a la Historia, saber distinguir entre la escritura primera y las posteriores o, dicho en otros términos, entre la escritura del texto original y la escritura de las copias de ese texto.

c) Que una misma persona o, quizá mejor, una misma mano puede trazar escrituras aparentemente distintas; mientras que varias personas o varias manos diferentes pueden trazar escrituras aparentemente iguales; y que es importante, en orden a la crítica de los posibles elementos históricos contenidos en textos escritos, la identificación real de esas manos, iguales o distintas sólo en apariencia.

El proceso que, para alcanzar las metas cifradas en dichos supuestos, ha de seguir el paleógrafo, deberá caminar por los siguientes pasos:

a) Agrupar los monumentos escritos, relacionados con un determinado asunto histórico, tomando como primer criterio de agrupación la igualdad o el parecido apreciable de dichos monumentos a través de sus caracteres más externos (inscripciones, códices, documentos, etc.).

b) Un segundo criterio de discriminación y agrupación atenderá a la semejanza de los caracteres gráficos o de la escritura propiamente dicha.

c) Las piezas integradas en los grupos que resulten de esos dos primeros intentos agrupadores se someterán a nuevas clasificaciones, juntando, por un lado, las más análogas con relación al tiempo en que fueron escritas y, por otro, las que correspondan a una misma área geográfica, aspirando siempre a que dichas áreas, lo mismo la cronológica que la espacial, sean lo más concretas y reducidas posibles.

d) Es evidente que para realizar esa labor agrupadora o clasificadora, el paleógrafo debe aprovechar los resultados en el mismo sentido que, como algo seguro, obtuvieron ya sus predecesores en el oficio de agrupar y clasificar los diferentes lotes de monumentos. Al hacer la historia de la Paleografía en el siguiente tema habrá ocasión de ver cómo se ha procedido siempre en este aspecto por los autores y tratadistas de la materia.

e) También aprovechará los datos internos derivados del mismo texto que se lee y critica, en todo cuanto puedan servirle para fijar esas áreas de espacio y de tiempo con vistas a la clasificación del monumento y de su escritura.

Por ese camino de observar, agrupar y clasificar llegará la Paleografía a elaborar diferentes cuadros o tablas de letras, de nexos y de signos complementarios que el paleógrafo asimilará y tendrá presentes cuando quiera enjuiciar un monumento escrito con relación a determinados hechos históricos. Así, la aspiración de todo paleógrafo, que se precie de serlo, debe estar puesta en llegar a poseer, al grado máximo, lo que se llama ojo paleográfico, en virtud del cual pueda, cuando se le ponga delante una concreta pieza escrita, atribuirla a tal época y a tal lugar con la mayor aproximación posible. He ahí la base de la colaboración que la Paleografía está llamada a prestar en la construcción del gran edificio histórico.

3. La Paleografía en cuanto ciencia propia de la escritura en sí misma, tiene también su método. Tan lo tiene, que algunos autores apuntan a que, dentro del campo paleográfico, el único método verdaderamente científico es el que responde a este aspecto de nuestra disciplina. Ciertamente —decimos nosotros— si no es el único, sí es el más científico y el que, en relación con el fenómeno de la escritura, puede establecer una serie de principios más sustanciales y transcendentes. No los vamos a exponer aquí, por las mismas razones que adujimos, al hablar, en el tema anterior, sobre el objeto formal de la Paleografía como ciencia propia e independiente. No sólo no son necesarios para que el alumnos alcance el objetivo principal del presente curso, sino que pudieran contribuir de algún modo a confundirlo y desorientarlo. El libro de L. Gilisen, «L'expertise des écritures médievales», publicado en 1973, quizá sea el más reciente de los trabajos dedicados a recoger y comentar dichos principios, cuya sustancia puede resumirse en estos tres enunciados:

a) La naturaleza, el origen y la evolución de cualquier escritura no pueden ser bien conocidos sino mediante el análisis de sus puros elementos gráficos.

b) Dichos elementos gráficos no podrían explicarse sin averiguar previamente las tentendencias gráficas que han impulsado la ejecución de la escritura y decidido que sea como es y no de otro modo.

c) Los principales elementos gráficos que dan su ser definitivo a cualquier escritura tal como se presenta ante nuestros ojos, son éstos: La forma o el aspecto exterior de los signos que conforman la figura de cada letra. El ángulo de escritura, resultante de la posición que

guardan el instrumento con que se escribe y la línea que se sigue al ir escribiendo. El ductus, o sea, el orden y sentido que se mantiene en la ejecución de los trazos de una letra. El peso y el módulo de esos mismos trazos.

RELACION CON OTRAS DISCIPLINAS

1. Con todas las ciencias en general. Para entender esta relación no debe perderse de vista que cualquier clase de ciencia constituye un fenómeno social y humano, sometido como tal al correspondiente proceso histórico. Pero dicho proceso no puede conocerse sino a través de los textos escritos donde han ido quedando recogidas y plasmadas las manifestaciones de esas ciencias. Es, pues, necesario e imprescindible para conocer el origen y desarrollo de las disciplinas científicas más diversas (Teologia, Medicina, Ciencias Naturales, Filosofia, Matemática, Literatura, Geografía, Música, etc.) contar con la Paleografía, así para leer los textos respectivos como para someterlos a la conveniente crítica, montada precisamente sobre los elementos externos de dichos textos.

En la práctica, ya hemos dicho que la lectura de cualquier texto escrito, correspondiente a una ciencia determinada, es muy difícil, por no decir imposible, llevarla a efecto de modo cabal, sin tener conocimiento de la terminologia y los conceptos más usados en dicha ciencia. La solución suele estar o bien en que el científico se adiestre, a través del método que acabamos de exponer, en la lectura de los textos específicos que le interesan, convirtiéndose así en un paleógrafo de vía estrecha, o en que formen grupo de trabajo el paleógrafo profesional y el especialista en la ciencia que fuere, prestándose ayuda mutua.

2. Con algunas ciencias especialmente necesitadas del auxilio de la Paleografía. La primera de todas, la Historia, de la cual ya hemos dicho bastante y venido a concluir que no puede prescindir del subsidio paleográfico, al que debe tener por su auxiliar más eficaz y más seguro. Dentro del cuadro de las ciencias históricas, todavía hay algunas que están más especialmente necesitadas de la ayuda paleográfica, por ejemplo, la Genealogía y la Heráldica.

Y casi tanto como la Historia, la Filologia necesita para sus fines científicos ser servida por la Paleografía. En fin de cuentas, se trata también de una ciencia histórica cuyo fundamento real está en los textos de diferentes épocas y lugares, a través de los cuales —y sólo a través de ellos— se manifiestan los fenómenos lingüísticos que interesan al filólogo en orden a conocer la naturaleza, el origen y evolución de las distintas lenguas. De hecho, y como argumento de autoridad a favor de lo que decimos, está el que en las secciones de Filología y Lingüística de nuestras Facultades no falta nunca un curso de Paleografía, casi tan amplio como en las secciones de Ciencias históricas.

Más que la Filologia y más, incluso, que la propia Historia, puede decirse que la Crítica Textual es ciencia estrechamente relacionada con la Paleografía y que precisa de ésta como algo básico e insustituible en su método y en sus aplicaciones científicas. Basta, para entenderlo, reflexionar un poco sobre el nombre y el concepto de Crítica Textual: fijación del texto redactado por un autor, en su versión más auténtica, es decir, que responda más fielmente al pensamiento del autor y a la expresión o formulación del mismo.

Los fallos en la plasmación y transmisión escrita de dicho pensamiento con su correspondiente texto, pueden revestir varios grados: falsificación total del mismo, interpolaciones, supresiones, cambios, errores de los copistas. Para descubrir esos fallos y para devolver el texto a su pureza original y primitiva no hay otro camino que el examen y conocimiento más exhaustivos posible de las piezas escritas, a través de las cuales el texto en cuestión ha llegado

hasta nosotros. Con lo cual caemos de lleno en las manos de la Paleografía, así para leer los respectivos textos como para encuadrarlos con tino en el tiempo y en el espacio en que fueron escritos. Las demás operaciones y su correspondiente método hasta llegar a la reconstrucción ideal y definitiva del texto que se somete a crítica, son ya objeto propio de la nueva disciplina a que estamos refiriéndonos, que por eso, precisamente, se llama Crítica textual o Crítica de los textos. Los alumnos a quienes, quizá, interese conocer algo más de ella, pueden servirse, entre otros, del librito de Henry Quentin, «Essais de Critique textuelle», París, 1926.

3. Pero el gran campo de las relaciones de la Paleografia lo constituyen todas aquellas ciencias afines, que lo son por coincidir con ella en tener un mismo objeto material: los monumentos escritos. Así, la Epigrafía que tiene como objeto propio de su estudio los monumentos llamados inscripciones; la Numismática, que está constituida por esas pequeñas piezas escritas que llamamos medallas y monedas (numismata); la Sigilografia o Sfragistica, cuya actividad científica recae sobre otras series de pequeños objetos escritos, conocidos con el nombre de sellos; la Diplomática, que se ocupa del estudio e investigación de los diplomas o documentos, de los cuales ya dijimos que forman el lote más rico de fuentes históricas escritas.

No procede dar aquí explicación, aun somera, de lo que son dichas cuatro disciplinas. Para formarse idea de las mismas bastará, sin necesidad de acudir siquiera a manuales y tratados, leer los artículos que se les dedican en los diccionarios o enciclopedias de carácter general como Espasa, y en los especializados en materias históricas como el «Diccionario de Historia Elesiástica de España» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o el «Diccionario de Historia de España», de la «Revista de Occidente», o el «Dictionnaire d'Archéologie Chétienne et de Liturgie» (Letouzey et Anné), de París.

El grado de vinculación de la Paleografía con cada una de ellas deriva de la mayor o menor cantidad de texto escrito que llevan los monumentos propios de esas cuatro disciplinas y del mayor o menor partido que pueda sacárseles en orden a la elaboración de la historia. Según ese doble criterio, la más allegada a la Paleografía será la Diplomática; luego, la Epigrafía y, después, más o menos por igual, la Sigilografía y la Numismática. De las dos últimas tratamos, dentro del presente programa, en su quinta y sexta unidades didácticas; más parcamente de la Numismática; con mucha más amplitud, de la Sigilografía.

Sobre la correlación de Paleografía con Epigrafía nos remitimos a lo dicho en el tema 1, a propósito de la definición y objeto formal de la Paleografía. Baste aclarar ahora que el campo específico de la Epigrafía, el que nada tiene que ver con lo paleográfico propiamente dicho, está constituido por los caracteres internos de las inscripciones, es decir, por su contenido textual y los fenómenos así lingüísticos como históricos que se encierran en dicho contenido. Pero aun de esos fenómenos no tanto interesan al epigrafista los datos escuetos relacionados con la Historia o la Filología —que serán más bien patrimonio del historiador o del filólogo— sino la estructuración y formulación de los mismos, que suelen tener esquemas propios, según las épocas y los sitios.

Sobre la Diplomática en relación con la Paleografía importa hacer notar ya desde ahora cómo son dos disciplinas que se complementan, unidas ambas en el común objetivo de contribuir muy eficazmente a la realización del trabajo historiográfico o de elaboración de la historia. Ya veremos cómo la Paleografia nació a la sombra y al servicio de la Diplomática, y empezó siendo poco más que un capítulo de la misma. Los documentos o diplomas son, en este caso, los monumentos u objetos escritos sobre que ambas proyectan su acción respectiva. La diferencia fundamental entre una y otra consiste en que la Paleografía estudia los caracteres externos del documento como pieza u objeto escrito, mientras la Diplomática estudia sus caracteres in-

ternos. Suelen decir los autores que una —la Paleografía— estudia el cuerpo, y otra —la Diplomática— el alma de los documentos.

4. Finalmente y en relación con la Paleografía, quedan una serie de disciplinas que, en principio, no son más que partes o capítulos de la misma; pues se trata de determinadas series de monumentos escritos, en los que concurren un conjunto de circunstancias externas que permiten formar grupo aparte con ellos.

Teóricamente, y si se mira al conjunto de sus elementos, dichos monumentos escritos o son objeto propio de la Paleografía por sus caracteres externos, o son objeto de diversas ciencias (Derecho, Economía, Historia medieval o antigua, Sagrada Escritura, Historia de las religiones, etc.) por su contenido textual e ideológico. Prácticamente, sin embargo, se trata de capítulos tan amplios, así por el número de los objetos o monumentos escritos afectados, como por su problemática, que bien pueden, por razones de método, sistematizarse y exponerse aparte, es decir, con independencia relativa de los demás capítulos que integran la ciencia paleográfica.

Las más representativas de dichas disciplinas, fundamentalmente paleográficas, son la Papirología y la Codicología. La primera considera aquellos monumentos escritos cuya nota más típica consiste en tener al papiro como su materia escriptoria. La segunda, aquellos otros monumentos llamados códices cuyo carácter propio radica, por una parte, en lo específico de sus formas, y por otra, en las diferentes fases a que el proceso de su elaboración suele estar sometido.

EJERCICIOS DE AUTOCOMPROBACION

(Contestar **sí** o **no**)

1. ¿Puede el paleógrafo, sólo por serlo, leer cualquier texto escrito, cuya lengua y cuyo asunto no conozca suficientemente?

2. ¿Se han de tomar especiales cautelas para la lectura de nombres de personas, pueblos, etcétera?

3. ¿Puede hacerse filología o crítica histórica sin el apoyo de la Paleografía?

4. ¿Interesa mucho al paleógrafo para la subsiguiente labor historiográfica distinguir entre la escritura original de un texto y una copia del mismo?

ACTIVIDADES RECOMENDADAS

En la colección de «Láminas de la Cátedra de Paleografía y Diplomática», de la Universidad Complutense, ojear las láminas 121, 122 y 123 y reflexionar sobre las relaciones entre la Paleografía como ciencia de la escritura y la Sigilografía como ciencia de los sellos, de que se reproducen allí varios ejemplares. (Quienes deseen adquirir las «Láminas de la Cátedra de Paleografía y Diplomática pueden dirigirse al Departamento de Paleografía y Diplomática. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Complutense. Ciudad Universitaria. Madrid-3).